

# ACCION FEMENINA

REVISTA MENSUAL

DEL

CONSEJO NACIONAL DE MUJERES DEL URUGUAY

HAZ A LOS OTROS LO QUE QUISIERAS  
PARA TI

NO PARA ELLA MISMA SINO PARA LA  
HUMANIDAD

## Homenaje del Consejo N. de Mujeres a la memoria de María S. de Munar

El Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay estaba en el deber de tributar un homenaje a la eximia maestra María S. de Munar. Es su norma de conducta aprobar y apoyar todo lo que signifique labor de mujer, y en el caso presente corresponde poner de relieve los méritos de una compatriota en la cual se aunaban en armonioso consorcio el cerebro y el corazón.

Unida a la historia de nuestra escuela primaria está la vida toda de María S. de Munar prodigando a la enseñanza la misma ternura y devoción que prodigó en su hogar a sus dos hijas. No supo, como maestra, separar de su alma de mujer los deberes de madre y de educacionista; ambos se aunaron en ella para dar un espíritu selecto que sólo vivió prolongándose y derramando afecto y saber sobre los seres que le cupo en suerte preparar.

Tuvo razón Carlos María Ramírez cuando, refiriéndose a la obra de María S. de Munar, díjole: "En el porvenir, señalando a vuestras discípulas, podréis decir como la Cornelia antigua: Estas son mis joyas"; y en verdad que las alumnas de Misia María,

honrando a la Maestra, esparciendo por todo el país la fructífera semilla del intelecto y del corazón, son como Tiberio y Cayo Graco fueron de Cornelia, las más preciadas joyas de la modesta mujer que vivió todo para su obra de redención y de amor en nuestra joven democracia.

No bastaba, como se ha dicho con razón, el talento privilegiado de José P. Varela queriendo cual otro Salvador plantear normas en nuestra enseñanza. Era necesario un espíritu activo, que, junto a sus conocimientos, uniera el amor a la causa de la educación del país, que sintiera y supiera hacer sentir los resultados que el nuevo plan aportaría a nuestra civilización. Y he aquí que María S. de Munar, toda bondad, toda energía, toda abnegación por obra tan magna y de proyecciones tan extensas, fué la que llevó la palabra del Reformador y la que convirtió en realidad las concepciones de aquel espíritu superior.

Es por estos méritos, es por la modestia ejemplarísima que animó en vida a la maestra hoy muerta, es por el bien que hizo a la mujer, al país todo, señalando nuevos rumbos, que el Consejo N. de Mujeres quiso que, en el primer aniversario de su muerte, la palabra de un maestro nos la presentara en sus múltiples fases, en su abnegación, en su sacrificio, en todo esto que señala para ella el camino de la inmortalidad.

ISABEL PINTO DE VIDAL.

---

Palabras de apertura de la Vicepresidenta señora Cata C. de Quintela en el acto de homenaje a María S. de Munar

Señoras y señores:

La señora Isabel Pinto de Vidal, que en su calidad de Presidenta del Consejo debía presidir este acto, no

ha podido hacerlo a causa de su reciente duelo, motivo por el cual yo haré sus veces.

El Consejo Nacional de Mujeres, continuando su serie anual de conferencias sobre diversos temas culturales, patrocina hoy ésta, que dará el doctor Fermín Garicoits, a quien tengo el honor de presentar. Versará sobre la alta personalidad de la virtuosa e inolvidable matrona que en vida fué María S. de Munar, de esa mujer superior, que, con clara visión de lo que debía ser la enseñanza, luchó, venciendo obstáculos que parecían insalvables, hasta llevar a la práctica el sistema vareliano. Más aún: supo, guiada por su experiencia, imprimirle su sello personal.

Cedo la palabra al doctor Garicoits, y tengo la seguridad de que este justiciero homenaje será para todos nosotros un acto de unción y de recogimiento.

---

Conferencia dada en el Ateneo por el señor Fermín Garicoits bajo el patrocinio del Consejo Nacional de Mujeres en el primer aniversario de la muerte de María S. de Munar. ■ ■

Señoras de la Comisión, señoras, señores:

Debo, en primer término, agradecer al Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay el honor que me ha dispensado al designarme para evocar, en el aniversario de su muerte, la sombra augusta de la que se llamó María S. de Munar.

Yo no soy orador; pero confío en que mis frases han de salvarse por la excelencia del motivo que las inspira. Hay en la vida de esta admirable mujer un aliento tan poderoso de abnegación y de entusiasmo, que su sola evocación basta al prestigio de cualquier palabra.

El Consejo Nacional de Mujeres inicia con el nombre de la señora de Munar el ciclo de sus conferencias

anuales, y, en verdad, que para la mejor propaganda de sus ideas, ningún nombre más significativo y alto que el de esta mujer que supo hacerse un lugar honroso y digno en las filas de las luchas oscuras y largas por el engrandecimiento nacional.

Honra a nuestro pueblo este movimiento unánime de consagración y homenaje en torno de una mujer que realizó, en la forma más acabada y perfecta, el arquetipo casi religioso de la Maestra; porque, si atraen fácilmente la admiración y el entusiasmo los tipos heroicos y brillantes sobre los que Carlyle levantó sus sofismas, el óleo de las consagraciones definitivas es esquivo y reacio para esta suerte de héroes oscuros, de alta estirpe espiritual, pero que se desangran y se queman en luchas escondidas, sin lumbre y sin gloria. Y acaso de todas las formas del esfuerzo, la que realiza el maestro sea de las que más escapan al reconocimiento y la admiración. La tarea de Sísifo, que imaginara la atormentada fantasía del Dante, evoca el trabajo de un maestro. Al pie de la montaña, mira hacia lo alto el sendero áspero y hostil que debe recorrer, y, con las alforjas llenas de ensueños e ideales, empieza la ascensión. Y así un año, y otro, y otro...

Sólo un extraordinario espíritu como el de esta mujer extraordinaria pudo, en una tarea tan humilde y oscura, alzarse sobre el montón común, destacando, nítido y definitivo, su perfil personal y poderoso.

Es que la señora de Munar parece que hubiera ahincado en su espíritu, como suprema orientación de su vida, la frase de Sarmiento: "Lo que seas selo con toda la fuerza de tu alma". Y fué maestra siempre, en todos los momentos de su vida, aun al final, cuando la arcilla perecedera de su cuerpo vacilante y enferma, languidecía agotada por el fuego inmortal de un alma demasiado grande. Desde el retiro a que la habían llevado sus quebrantos seguía con inalterable cariño la marcha de la escuela, y su espíritu incansable

no escapaba a la inquietud de ninguno de nuestros problemas y de nuestras preocupaciones.

Resulta a primera vista sorprendente que una vida, en apariencia tan igual y simple, sin grandes sacudimientos, haya adquirido a nuestros ojos tan extraordinario valor moral. Pero, esa profunda vocación por su carrera, ese amor inextinguible hacia su apostolado, es lo que le dió a la vida de la señora de Munar su significación tan honda y definitiva. "La existencia que me han dado sin que yo la haya pedido, dice Renán, ha sido para mí una felicidad." Y agrega en otra parte: "Si yo tuviera que recomenzar mi vida con la facultad de modificarla, no cambiaría nada de ella." La señora de Munar vino al mundo para ser maestra, y yo creo que si le fuera dable reiniciar su vida, elegiría, otra vez, como Renán, el mismo destino que le tocó sobre la tierra.

Actuó en tiempos ásperos y actuó en tiempos fáciles, y supo triunfar siempre. De ella pudo decirse que, como el estoico, fué "de bronce para pensar y fué de carne para amar y para enternecerse."

Arrimó a todos sus actos un calor de ternura tan honda, que, en medio de sus alumnas, pudo decir como el Maestro, partiendo el pan bendito: "Mi corazón se abrasa de amor en el pecho."

---

Cuenta un escritor alsaciano que, en su infancia, para ir a la escuela, atravesaba un bosque de su aldea, y siempre, al borde del camino, veía un leñador que hacía entre los árboles su fragante cosecha. Un día y otro día, un año y otro año continuaba el obrero su tarea. Pasó el tiempo. El niño se hizo mozo y fué a la ciudad en procura de fuentes más profundas de civilización. Y el mozo se hizo hombre, y un día, de regreso a su aldea, pasó por el mismo bosque que en otro tiempo dió sombra a su infancia. Como en aquel

entonces, vió al borde del camino la silueta familiar de un leñador; era el mismo leñador de sus horas infantiles que hacía, como antes, su fragante cosecha entre los árboles. Parecía que la imagen amiga venía a recibirlo desde el fondo del pasado. Era el mismo leñador, pero sus espaldas estaban un poco más encorvadas, sus ojos más turbios y sus manos un poco más temblorosas.

Así Misia María. A la edad en que la primera juventud enciende rosas en las mejillas y prende canciones en los labios, cuando los ojos son ardientes, la cabellera es negra y la mano firme, ella empezó su buena siembra. Y así un año y otro año. Y pasó el tiempo. Y aquellos que la vieron juvenil y fresca frente a sus alumnas, la pudieron volver a ver, ya al final de la vida, con las mejillas marchitas, los ojos apagados, la cabellera blanca y las manos temblorosas, en la misma tarea, en la buena siembra.

---

Pasó la infancia de la señora de Munar en los sombríos tiempos de Latorre, y tal vez los dolores que contemplaron sus pupilas de niña, fueron parte a que su espíritu madurara demasiado prematuramente. Corrió su juventud, pues, en aquella época a un mismo tiempo sombría y brillante en que, por vivo contraste, del que hay muchos ejemplos en la historia de la humanidad, sobre la tierra negra de los sinsabores políticos, de las tiranías oscuras, se levanta un maravilloso florecimiento intelectual, y las justas del espíritu consuelan un poco de las pequeñeces del ambiente.

El Club Universitario, más tarde Ateneo de Montevideo, esta misma institución que ostenta el nombre de la ciudad helena, la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, son índices reveladores de la intensa vida intelectual de un momento histórico que dió a nuestras letras los nombres ilustres de José P. Vare-

la, Justino Jiménez de Aréchaga, Prudencio Vázquez y Vega, Melian Lafinur, Juan Carlos Blanco, Arechavaleta, Vedia, José P. Ramírez, Vásquez Acevedo, Brito del Pino y muchos otros que en una época luctuosa de nuestra vida nacional brillaron por su talento y sus virtudes.

Tocóle a la señora de Munar actuar en tiempos en que el problema de la educación popular preocupaba profundamente a todos los espíritus desinteresados y generosos de la Nación. En 1868, en el Club Universitario, que en parte compensaba la clausura de la Universidad, José Pedro Varela se dirigía, en brillante conferencia, a todos sus compatriotas, procurando atraer sus simpatías hacia la causa de la educación del pueblo. Recién llegado de los Estados Unidos, traía aún absorta la pupila por el espectáculo asombroso de las grandezas de aquel país. Esa conferencia fué, en realidad, el origen de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, que nació en la asamblea que el mismo año se celebró en la Universidad por iniciativa del doctor Elbio Fernández, con el concurso de Varela y Carlos M. Ramírez.

Creciendo en un ambiente de vida intensificada por todas las formas del dolor y las especulaciones generosas del espíritu, no es raro, pues, que en 1872, cuando apenas contaba diez y seis años de edad, realizara obra tan personal y firme en el ejercicio de una humilde ayudantía, que atrajo la atención de las autoridades escolares que, en ese año, resolvieron hacer pública manifestación de los méritos de la joven maestra.

Pero la obra de la señora de Munar sólo se comprende completamente asociando su nombre al del ilustre Reformador y conociendo las altruistas preocupaciones de toda una generación en pro de la educación nacional. La Reforma, encarnada en la persona de Varela, es la obra común de un núcleo brillantísi-

mo de inteligencias puestas al servicio de una noble causa. La Reforma fué casi una Cruzada: el mismo encendimiento en los corazones, la misma fe, el mismo entusiasmo que flotaba en las lentas jornadas hacia Jerusalem, animaba el espíritu de esta brillante generación. El libro, la conferencia, la cátedra, la escuela, todo fué abordado con soplo renovador y milagroso. José P. Varela fué, más que iniciador, un vidente. Misia María, discípula suya, mantuvo con honra este título. No estuvo solo el Reformador: le acompañó la simpatía y aún la colaboración del elemento más brillante de su época. En 1877 la Sociedad de Amigos de la Educación Popular crea cursos normales gratuitos que se dictan durante cuatro años, de ocho a once de la noche, todos los días. Fueron profesores mentalidades tan altas como José Pedro Varela, Francisco A. Berra, Alfredo Vásquez Acevedo, Carlos M. de Pena, Emilio Romero, Juan Scarpe y muchos otros, amigos todos de la educación popular, como se calificaron con feliz acierto. Con esos cursos se procuraba suministrar al elemento entusiasta del magisterio los conocimientos necesarios para el ejercicio de su alta misión, de acuerdo con las modernas orientaciones pedagógicas. La señora de Munar fué discípula contraída y estudiosa, primero, luego profesora brillante de Gramática y Composición, y más tarde, a la muerte de Varela, le tocó sustituirle y llenó con honra el hueco casi incolmable que dejaba el Reformador.

---

A los veintiún años obtiene por concurso la dirección de la Escuela de 2.º Grado N.º 12 y el mismo año, y también por concurso, llega a la dirección de la Escuela de 3.er Grado N.º 2, escuela superior, campo propicio a la acción de esta voluntad inquebrantable, de esta inteligencia de amplios vuelos. En la Escuela de 3.er Grado N.º 2 es donde, realmente, se puede



apreciar la obra de la señora de Munar, y donde se ve, nítida, precisa, la acción de la Reforma.

La señora de Munar se considera discípula de Varela y lo prueba acabadamente en su Escuela de 3.er Grado, donde se convierten en realidad las aspiraciones e ideales de la Reforma.

“Nuestras escuelas estaban antes concretadas, dice un informe de Arechavaleta, a lo que podríamos llamar hoy materias accesorias en la enseñanza. Aprender a leer, escribir y contar era la síntesis de las más elevadas aspiraciones de nuestros mayores. Habíase extendido un poco el estudio de la Geografía y cultivábanse el francés, el inglés, la música y el dibujo *como adornos*. Así figuraban en los programas de la época. El método para estudiar se reducía a poner en manos de los alumnos textos sobre la materia por preguntas y respuestas y a embutir en la mente palabras, raciocinios abstractos y definiciones sobre Gramática, Aritmética, Geografía, Moral y Religión.” Y agrega más adelante: “Desarrollar facultades de observación y el poder de concebir, de juzgar bien; formar hábitos y crear aptitudes para ensanchar la esfera actual de los conocimientos y ajustar la existencia individual a la vida social, al ideal de nuestras aspiraciones más altas, al progreso del individuo y de la especie, a su bienestar perdurable, en los límites de lo humano,—tal es el nuevo concepto a que obedece el plan moderno de enseñanza.”

La Reforma abrió el espíritu a todos los horizontes, dió a la memoria el puesto de mero auxiliar, que es el que en realidad le corresponde, substituyó los métodos, los planes, y, por encima de todo, prendió en las almas de los maestros un entusiasmo tan ilimitado por su misión, que ello fué, fundamentalmente, el secreto y la médula de su triunfo.

La Escuela de 3.er Grado N.º 2 llegó, en aquellos tiempos de bancarrota universitaria, a constituir, no un centro de instrucción elemental, sino una verdade-

ra escuela de perfeccionamiento de donde salían alumnas con conocimientos, y, más que nada, con aptitudes realmente extraordinarias. El prestigio de la escuela salvó las fronteras de la patria. Extranjeros eminentes como Sarmiento y Avellaneda, quisieron visitarla y así lo hicieron, para constatar personalmente si la realidad estaba de acuerdo con la fama predicada. El barón de Macalubas, eminente pedagogo brasileño, señalaba en el Congreso Pedagógico de Buenos Aires, la Escuela de 3.er Grado N.º 2 como índice revelador de los altos destinos educacionales de nuestro país.

José Arechavaleta, figura austera y prestigiosa, atraído por la fama de esta escuela modelo, da en ella una serie de conferencias de Historia Natural y regala a la institución un microscopio.

Si bien es cierto que la Reforma encontró, en general, ambiente amigo a sus iniciativas, tuvo también sus tenaces enemigos, que la combatieron sin descanso. A fin de llevarla al triunfo, sus sostenedores, juzgando el mejor medio de propaganda la publicidad de su propia obra, dieron a la vida escolar inusitada exteriorización. Exámenes públicos que duraban varios días, torneos en los salones de la antigua Dirección General de Instrucción Primaria y en el Teatro Solís. En todos estos actos, la Escuela de 3.er Grado N.º 2 reclamó siempre las primeras filas. Emilio Romero, vocal de la Dirección General de Instrucción Primaria, hace donación de sus dietas para que se premie a la escuela que más se distinga, y alcanza el premio la que dirige la señora de Munar, que se lleva, como recompensa, un gabinete completo de Física, Geología y Astronomía. En concursos de clases escolares realizados bajo los auspicios de la Dirección General de Instrucción Primaria, la mejor cosecha de medallas la alcanzan las alumnas de Misia María.

En el año 1880, la Comisión Especial designada para examinar esta escuela, que estaba integrada por el

doctor Carlos M. de Peña y los señores don José Archavaleta y don Manuel Muñoz, hace un informe excepcional, que merece los honores de la publicidad. Y dice dicho informe: "Hasta ahora la Comisión sólo se ha ocupado de referir someramente en qué consistió el examen en cada asignatura y de calinear su resultado. Pero no puede ni debe concretar a esto su misión en este caso. Le ha cabido el honor de presidir la escuela que puede considerarse como la más adelantada entre todas las municipales de la República. Bien conocidas son ya las especiales y peregrinas dotes de la señora Stagnero de Munar. Con una inteligencia clara, elevada y dócil, se ha propuesto dominar todas las dificultades suscitadas por la repentina implantación del nuevo plan escolar, y en verdad que lo ha conseguido con éxito envidiable, a favor de una asidua contracción en las tareas de su escuela, de detenidos estudios en sus escasos momentos de reposo y de una asistencia constante a los cursos normales que da gratis la Sociedad de Amigos de la Educación Popular."

"Mucho valen los nuevos métodos; pero no darán jamás todos sus frutos si no son esmeradamente aplicados por maestros hábiles que obedezcan por convencimiento y de corazón a las ideas fundamentales de la moderna pedagogía. Esas son, precisamente, las condiciones que la Comisión reconoce, una vez más, en la señora Stagnero de Munar, que ha dado pruebas de una especial vocación para la enseñanza."

Y termina el informe, un informe que es un folleto, con estas palabras: "Debemos, por último, hacer constar que algunos días después de terminados los exámenes, el señor Inspector, de acuerdo con la Directora de la escuela y la Comisión Examinadora, y a solicitud de numerosas y distinguidas personas que no pudieron presenciar los exámenes, autorizó una reunión de las clases 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup> de la escuela para demostrar los adelantos verificados y los resultados del nuevo

plan de enseñanza. Esta distinción a la escuela, que fué solicitada por personas de reconocidos méritos y aptitudes, es el mejor elogio que puede hacerse del éxito que en sus tareas ha obtenido la señora de Munar. Prueba una vez más las merecidas simpatías de que goza la escuela a cargo de tan distinguida preceptora."

Hubiera bastado para la consagración definitiva de esta mujer excepcional, la labor cumplida en esta escuela. Pero estaba reservada a su aptitud realizadora la fundación del actual Instituto Normal de Señoritas, del que, a la verdad, más que fundadora fué creadora la señora de Munar.

Hacía falta para la consolidación de la obra reformista y para la prosperidad nacional formar maestras que llevaran a todos los puntos de la República la palabra civilizadora, y en 1882, se crea el Internato Normal de Señoritas, cuya dirección se confía a la señora de Munar. Es la etapa final de su vida de maestra, la cúpula de oro que remata la arquitectura armoniosa de sus realizaciones. Se abrió el Internato en la calle Pastor Luna, hoy Angel Floro Costa, y allí fueron llegando de todas partes del país las niñas que habrían de continuar la obra de la eximia maestra. Y la señora de Munar se consagró al Internato como se había consagrado a la Escuela de 3.er Grado N.º 2. Lo fué todo; madre, maestra, enfermera, amiga, confidente. Dió al Internato Normal, como dice uno de sus apologistas, "ambiente de hogar, transformando naturalezas agrestes, evocó cultos artísticos, despertó aficiones literarias, vigorizó sentimientos patrióticos, creó el afán del perpetuo perfeccionamiento, amplió el estudio de las ciencias en general, recargando acaso con exceso, los cerebros juveniles; pero asegurándoles, en cambio, una dignidad estimulante y suprema que esparcía en torno del Internato un ambiente sereno de sana y respetuosa consideración."

Su obra, en el Internato, es personal y vigorosa. A

objeto de llevar sus doctrinas a la realidad, con un grupo de niñas, crea una escuelita de práctica, más tarde de 1.er Grado N.º 3. Muchos de los principios pedagógicos en pleno auge todavía, los aplicó la señora de Munar en esa escuela: la vinculación con el hogar, la rotación de las clases, la supresión de los exámenes sustituyéndolos por visitas de inspección; en fin, tan vasta, tan completa fué la acción de esta maestra, que uno se pregunta asombrado de qué arcilla milagrosa hicieron los dioses su naturaleza extraordinaria que a la prodigiosa aptitud de concebir unió la virtud máxima de realizar.

En 1888 el Internato se transforma en el actual Instituto Normal. Las clases son externas y un cuerpo de profesores secunda la acción de la Directora. Pero la señora de Munar lleva también al Instituto el fuego inextinguible de su actividad sin igual, y sigue quemando su vida en la lucha tenaz de todos los días. “¿De qué profundas y recónditas surgentes, — dice Luisa Luisi, — de qué ancestrales tesoros inexplorados, provenían sus asombrosas energías, sus infatigables esfuerzos?”

Pero un día esta voluntad de hierro hubo de doblegarse ante los imperativos ineludibles del tiempo, y Misia María buscó la tranquilidad del descanso, dejando a la posteridad el recuerdo de una vida de sacrificios y renunciamientos.

---

Si la misión esencial del Consejo que me ha honrado con el noble cometido de recordar la obra de la señora de Munar es realzar la función social de la mujer, pugnando por su elevación, afirmando su capacidad y procurando ampliar sus destinos, nunca podrá realizar propaganda más eficaz que la de defender sus ideales con la sola evocación de vidas como la de Misia María, que son en sí el mejor argumento en pro de las reivindicaciones por que bregan.

La larga actuación de esta eximia maestra es la contribución más provechosa a los ideales feministas. Magnificó la acción de la mujer, demostró con su ejemplo las fuentes inagotables de abnegación, de lucha, de heroísmo de que es capaz un alma femenina. Sin quererlo, sin pensarlo siquiera, Misia María hizo feminismo. Ya en 1880, en el informe de que me he ocupado antes, se rebaten argumentos que se adivina que están en el ambiente, argumentos contrarios a la educación, a la ilustración de la mujer. "Por eso, — dice el mencionado informe, — los reaccionarios son los que más se escandalizan entre nosotros del nuevo sesgo que va tomando la educación femenina, y como sienten que se achica cada día el dominio tenebroso de la fe, intentan desacreditar el sistema actual de enseñanza, acusándole de engendrar la vanidad, el descoco, la desvergüenza y el impudor en el sexo femenino." Y agrega más adelante: "Choca a todas luces con las más añejas y arraigadas preocupaciones el despejo adquirido por las niñas de nuestras escuelas. No puede, al reconocérseles la vivacidad de espíritu, hacérseles la ofensa de tomarlas por descocadas, etc." Se ve por lo expuesto, que en aquel entonces debía existir una corriente marcada contra la enseñanza de nuestras escuelas públicas, en lo que a la educación de la mujer se refiere. Misia María, por encima de todas esas pequeñas preocupaciones, dió a sus alumnas la enseñanza más eficiente para entrar a la vida moderna, no a disputar sus puestos a los hombres, sino a luchar con ellos, a acudir en su ayuda para realizar juntos la cruzada gloriosa de la civilización. Discípulas de Misia María hay hoy maestras que ocupan altos puestos sólo accesibles hasta hace poco a los hombres. Del Instituto Normal salieron las primeras mujeres que habrían de contribuir con su esfuerzo en las gestas heroicas de nuestra nacionalidad. Más tarde, la Universidad lanzó a la lucha de la vida brillantes tituladas, pero la primera que abrió paso

a la mujer en su cruzada reivindicadora fué la señora de Munar, desde el Internato Normal de Señoritas. Su obra, pues, de intensa cultura femenina, es realización de bien entendido feminismo. Abre ante sus alumnas el libro de la ciencia, y señalando el porvenir con su índice profético, les marca rutas de lucha y de trabajo. Hace bien el Consejo Nacional de Mujeres en evocar la vida de esta eximia maestra, honra del sexo femenino, espíritu extraordinario en cuyo seno florecieron las más altas virtudes del alma humana: la recia voluntad, creando en la informe conciencia nacional de fines del siglo pasado, la virtualidad de perfección que representó la generación docente que parte del gran centro cultural de la Reforma para ir a redimir el hirsuto espíritu primitivo de todas sus imperfecciones históricas; el pensamiento claro, la facultad comprensiva del ideal vareliano, que identificándose con el maestro señaló en nuestra historia la hora más significativa de su proceso civilizador; la bondad immanente, que integra con el pensamiento y la voluntad las tres grandes fuerzas ascensionales del progreso humano, permitió también a aquella mujer excepcional, trascendentalizar su obra al poner a su servicio la energía emotiva de su corazón, virtudes todas que transmitió a tanta maestra abnegada y heroica que lucha oscuramente por la grandeza y la prosperidad nacional.

---

Analizando serenamente esta larga actuación de cuarenta años —toda una vida— un inmenso respeto nos conmueve. Sentimos que vidas así levantan nuestro pensamiento, dignifican la existencia, ennoblecen la propia especie humana. Si la obra de Misia María se hubiera reducido solamente a la acción trasmisora de la cátedra volcando sobre los espíritus abiertos la sabiduría de los libros, no la consagráramos ahora,

seguramente, y su nombre se hubiera desvanecido como la influencia fría e inerte de tantos y tantos maestros que limitan su misión al engrandecimiento de la mente sin ahondar los latidos del corazón. Pero esta gran mujer, más que nada, quiso ir hasta la entraña misma, y lo que eterniza el soplo poderoso de su influencia es esa fuerza creadora, inmensa, extraordinaria, que supo transmitir a sus alumnas, destinadas a continuar su obra. "Creó, sobre todo, —decía el doctor Etchegoyen— el encendimiento en las almas, vivos fuegos de vocación, el fervor hondo sin cuyo calor la palabra cae con indiferencia sobre el espíritu y se desvanece luego sin conmover su entraña; creó en sus discípulas la aptitud apostólica de trasvasar la verdad de alma, calentada por la fe, a cuyo conjuro toda resistencia se torna dócil y leve; como si renovase leyendas de los primeros siglos, cuando bajo los olivos de Palestina salían los hombres transfigurados por la unción religiosa que fluía de los labios del Rabí, y que los dispersaba por tierras hurañas a repetir jubilosos la palabra nueva oída en Getsemaní."

Misia María tuvo a su alcance, porque era esencia misma de su ser, las fuerzas inagotables del sentimiento que gravitan más en la historia que el poder de todas las filosofías: el sentimiento, la fuerza que hizo inmensa y universal la sencilla predicación cristiana. Antes que la señora de Munar, como antes de Varela, espíritus altamente dotados señalaron desde tribunas sociales y políticas a la conciencia nacional, la fórmula de nuestra rehabilitación colectiva: la educación del pueblo; pero eran las dialécticas y los razonamientos que no encendían fervores ni dinamismos, sermones y filosofías de la cátedra o del político, que nunca hirieron la sensibilidad popular. Pero una mujer sencilla, recogiendo las enseñanzas del Reformador, logra crear con el amor el milagro de interesar a la sociedad en la suerte de la instrucción pública; posee la capacidad de encender la imaginación y la



simpatía y la aplica a la formación de los batallones sagrados que hicieron nuestra revolución social y política desde las bancas humildes de la escuela.

La voz casi profética de la maestra ha enmudecido para siempre; pero la poderosa levadura de su ejemplo, alto y desinteresado, ha de servir de estímulo y orientación a muchas vidas de maestros. En horas de alegría o desesperanza, en el ruido de la ciudad o en el hosco silencio de los campos, ante el estímulo de los conciudadanos o la hostilidad de los ambientes reacios, siempre podremos evocar la sombra querida de la maestra que acudirá, resplandeciente y amorosa, como el Padre Espiritual, a presidir la mesa de los peregrinos de Emaüs, y podremos decirle como ellos, seguros de que ha de oírnos su sombra protectora: "Quedaos entre nosotros, porque ya es tarde y anochece."

FERMÍN GARICOITS.

---

### Pensamientos de la insigne Maestra

---

No os dejéis dominar por la desesperanza. Mantened vivo y en alto el ideal, cualquiera que él sea: ciencia, arte, amor, siempre llevaréis en vosotros una luz que irradiará hasta los confines lejanos de la existencia. Formaos un modelo interior de vuestra vida, noble y puro, y sujetad a él to las vuestras acciones. No basta ser buenas; es preciso ser mejores.

---

Es privilegio de los pueblos nobles y su mejor timbre de honor sentir intensamente la ética influencia de los grandes espíritus, de las almas fuertes, abnegadas y generosas que encienden en las celestes claridades de su fe la estrella que ilumina las conciencias y guía a los pueblos hacia los más nobles destinos.

Debemos ser optimistas si la acción de la enseñanza ha de ser eficaz. Si la escuela es a la vida de las democracias lo que el agua es a las plantas, lo que la luz a los celajes, lo que el calor a las mieses, es preciso darle todo el amor del alma para que convertido en luz ilumine las conciencias infantiles, transformado en surtidor calme la sed del misterioso por qué, convertido en calor dé vida a los sentimientos nobles y generosos en las almas privadas de solícita ternura.